

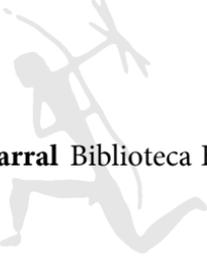
Seix Barral Biblioteca Breve



**Mario Cuenca Sandoval**

Los hemisferios





**Seix Barral** Biblioteca Breve

---

**Mario Cuenca Sandoval**  
Los hemisferios

---

## 90°

HABLABAN DE CINE. Siempre. El cine era la enfermedad del siglo, como la melancolía había sido el mal del siglo anterior. Circulaban por la carretera entre San Antonio e IBZ y discutían sobre la posibilidad de una película capaz de traspasar la pantalla, una película exuberante, intensa, llena de hilos por los que correría la luz y de primeros planos mágicos, con protagonistas jóvenes y bellos, casi inmateriales, casi ángeles, casi materia traslúcida. Hablaban sobre la posibilidad de un filme que además de la vista y el oído embriagaría el olfato, porque tendría olor a cerezas mordidas y a barniz, y sería tan sensual como la fruta y al mismo tiempo tan espiritual y tan armónico como los cuerpos celestes. Hablaban con el entusiasmo de dos estudiantes evadidos de la rutina, uno de esos mediodías en los que desemboca toda la perplejidad de una noche sin dormir. Se preguntaban cómo sería un cine capaz de romper la barrera entre la pantalla y la sensibilidad del público, cómo sería un cine con aroma y con temperatura. Y, de repente, habían ingresado en una tormenta de astillas de cristal y de partículas naranja alzadas por la inercia, flotando en el habitáculo del coche.

Gabriel recuerda la maniobra de adelantamiento de un autobús de turistas, vacilante, corregida varias veces, en una curva con poca visibilidad, que los enfrentó a los faros redondos y apagados de un Volkswagen blanco, y recuerda que los reflejos solares le impidieron ver el rostro del conductor

---

—pronto supo que conductora— del otro vehículo. Pero a partir de ese punto es como si la colisión hubiera hecho trizas el cristal del tiempo. Más allá de ese instante sólo conserva recuerdos de esta naturaleza, recuerdos como fragmentos de roca ígnea escupidos a la atmósfera, que vuelan por su conciencia un segundo y la deslumbran y después se consumen en el aire.

Durante años ha intentado transferirle a Hubert una porción de la culpa, en una estrategia más o menos consciente para aliviar su peso, y sin embargo lo único que podría reprocharse a su copiloto es que aquel mediodía viajaba en la misma nube de euforia y testosterona que él, preparando, sobre la superficie de un retrovisor arrancado a otro coche, terroríficas rayas de danteína, gruesas por el centro y delgadas en sus extremos, que parecían caramelos de color naranja envueltos para regalo, por lo que no había nadie de guardia en aquella hora, nadie sensato, nadie lúcido.

El resto de cuanto recuerda, y ni siquiera en este orden, son las manos de Hubert que se abalanzaban sobre el volante, el sonido de las botellas de vino que transportaban en el maletero haciéndose trizas, el aullido de los neumáticos achicharrados por la frenada, el olor a sangre y a alcohol, la presión angustiosa del cinturón de seguridad contra el pecho y el hombro, todo el peso de su cuerpo proyectado hacia delante y multiplicado por diez, el impacto de su frente contra los mandos, el sabor de la sangre en la boca y, después, el torso de la Primera Mujer atravesado en el parabrisas de su coche frente a ellos. La Primera Mujer, lanzada como un proyectil, rompiendo el parabrisas con su cráneo, incrustando su cuerpo en el cristal roto de la memoria. La Primera Mujer, tendida sobre un manto de cristales con los brazos abiertos, y su cabeza negra y roja, el pelo pegado al cráneo por la sangre, y todo el sol del verano brillando en aquel pelo. Y después el motor —¿de cuál de los dos coches?— crepitando todavía mientras la realidad circundante echaba humo, el hedor a carne quemada, el torso de ella tendida boca abajo sobre el capó arro-

---

llado de su coche, en la postura en que sólo conseguiría dormir un borracho o un niño, y la impresión de que tenía unos brazos desproporcionados, o acaso se trate de una transgresión de la memoria; tal vez sea que el tiempo ha ido estirando aquellos brazos blancos y desnudos, aspecto que todavía le resulta muy confuso a Gabriel; es posible que la chica viajara en bikini o completamente desnuda, como Eva, porque vio sus brazos y sus hombros y su nuca, y los fragmentos de vidrio que habían llovido sobre su carne blanca y sobrenatural con el tintineo que hacen las monedas de una máquina tragaperras. Y recuerda que sintió un deseo absurdo de tocar su pelo. Y es posible, no podría asegurarlo, que estirara sus dedos hacia ella, pero también es posible que sea éste otro detalle fantástico, agregado al recuerdo por las leyes de atracción y repulsión de la memoria.

## 89°

Muchas veces se pregunta qué debió sentir la Primera Mujer durante aquellas escasas décimas de segundo de ingravidez en que sus piernas y su espalda se despegaron del asiento, en el seno de aquel instante que sucedió al impacto entre los dos vehículos, qué sintió antes de que su abdomen se hundiera en el volante y de que su cabeza rompiera el parabrisas. Y se pregunta cómo es posible que unas décimas de segundo de ingravidez ejerzan semejante peso sobre la vida de Hubert y sobre la suya. Un vuelo tan breve, apenas un suspiro en la historia del planeta, que puso en marcha un ciclo demencial, una obsesión por buscar a la Primera en todas las demás mujeres. Un ciclo en el que todavía giran. Tantos años después. Sus vidas como la reverberación de un deseo.

Se habían conocido durante la primavera del 78 en un cineclub universitario donde todo el mundo daba por supuesto que Hubert se encontraba matriculado en alguna facultad, pero nadie sabía en qué, si en derecho, sociología, economía,

---

quizá por su vocabulario, por las lecturas a las que hacía referencia, pero aquella incertidumbre blindaba su secreto, de lo contrario habría podido cazarse al mentiroso hablándole sobre el derecho de propiedad horizontal, sobre el funcionalismo de Parsons o sobre la Escuela de Chicago. No se le ocurrió entonces, pero Gabriel no recuerda haberlo visto jamás con manuales universitarios bajo el brazo, o con una cartera o un cartapacio con láminas, y los libros de la estantería de su dormitorio conformaban una miscelánea tan incongruente —guías de viaje, novelas de ciencia ficción, doxografías filosóficas...— que resultaba imposible inferir a partir de ellos su vocación académica. En realidad, Hubert sólo hablaba de cine. Disertaba sin descanso sobre *Ordet* y obligaba a los amigos que pasaban por su apartamento en Belleville a ver las dos horas del montaje final de Dreyer en un reproductor VHS de su padre, ante el desconcierto de las chicas a las que atraía a casa cuando éste se ausentaba, huéspedes de pelo teñido en verde o en rojo que vestían ropa desgarrada o ropa hecha por ellas mismas, con imperdibles gigantes atravesados por doquier, chicas que no paraban de fumar y de preguntar cuándo empezaba la acción, entendiendo por acción que un hombre mate a otro hombre, que una esposa cometa adulterio, que una plaga de hormigas devore a todos los habitantes de una aldea del África negra o que un pelotón resista en el fuerte hasta la llegada de la caballería. Porque en aquella época de cuero y de pelo teñido no había espacio para la luminosa mirada de Dreyer, ni para su cristianismo nórdico y su dichoso milagro de la resurrección.

Con Hubert al menos podía discutir sobre Dreyer. La cosmovisión de Hubert, que acogía el milagro y las excepciones a la naturaleza, era de la familia de *Ordet*, de la fe que mueve montañas y estremece los párpados de los difuntos, mientras que la cosmovisión de Gabriel se parecía más a *Vértigo*, donde las supuestas excepciones a la naturaleza y el aparente milagro de la resurrección sublimaban una trama policíaca, es decir, mundanal. Una buena película, decía Hubert, debería ser como

---

un sueño muy largo y muy exacto, un delirio sostenido con precisión. Una buena película, decía Gabriel, debería ser como un sueño del que se despierta tembloroso, empapado de sudor frío. Uno miraba el mundo con los ojos del milagro y el otro con los ojos de la suspicacia, pero al menos podían hablar de cine durante horas y horas. Por eso se embarcaron juntos en una aventura etílica Panam’\*-Costa Brava-IBZ al volante de un viejo Citroën DS con el maletero lleno de botellas de vino, bajo un sol tan intenso que, por momentos, les parecía dos soles, con el dinero justo para un par de depósitos de gasolina, mantas, cigarrillos, quince gramos de danteína que escondieron en la rueda de repuesto del Citroën y un ejemplar de importación de *Rayuela* de Julio Cortázar robado en una librería de Saint-Germain-des-Prés, una edición con la cubierta negra y una rayuela de tiza destacada en amarillo. Hubert aprendió el español leyéndolo bajo la tutela de Gabriel y ligando con chicas españolas de las que, sobre todo, le fascinaba su manera de caminar. Caminaban muy bien, mucho mejor que las francesas, aseguraba Hubert. Todo lo que saben del amor lo aprendieron sobre colchonetas de playa, en el asiento trasero del coche, en pisos sin somieres, sobre colchones tirados al suelo, o dentro de los vestidores de dormitorios de adolescentes, o junto a una bañera con ropa en remojo. Pero la condición ineludible era que la chica hiciera el amor con ambos, con aquellos dos estudiantes pálidos y macilentos que venían de un Panam’ nada romántico, sino violento y policial y salpicado de coches ardiendo por las *banlieues*, si bien aquella promiscuidad algo tendría que ver con el hecho de que España se estaba abriendo poco a poco, tras ver morir al dictador fascista, y también al delfín del dictador fascista, a las libertades que en otro tiempo sólo podían tenerse por pecaminosas, y, de repente, el país se había convertido en una verdadera orgía interminable. En una vestal con las piernas abiertas. En una forma de ansiedad.

\* Término coloquial que se emplea para referirse a París.

---

Así que Hubert y él quemaron el verano follando con chicas extranjeras y con las caóticas e improvisadas lecciones de español, porque hay pocas cosas que unan tanto como éstas, el aprendizaje de un idioma y hacer el amor con las mismas mujeres. Y cuando se aburrieron de la costa catalana, reunieron el dinero preciso vendiendo la danteína que habían traído de Panamá y embarcaron el coche para cruzar a IBZ con el anhelo de catarlo todo en las míticas discotecas de la isla, con una glotonería química que en la actualidad les pondría los pelos de punta, una avidez semejante a la de los adictos al azúcar. Hoy es fácil sentenciar que aquello fue un error. Que el salto a la isla fue un error. Que el verano entero fue un error. Hoy, a la distancia de tres décadas.

## 88°

Extrajeron sus cuerpos de un amasijo de hierros y los trasladaron en helicóptero a un hospital de Palma, donde Gabriel yació en coma, señalado por contusiones que coincidían con los elementos del instrumental del coche —una medialuna en el pecho como impronta del volante, la quemadura del cinturón de seguridad en el hombro izquierdo, los pinchazos de las palancas del cuadro de mandos en el abdomen—, hasta que el roce milagroso de un ala cálida y blanca, el tacto de alguna criatura celestial que empapaba sus labios con una gasa lo devolvió al reino de los vivos. Tenía la vista nublada y una sed inconsolable. Pensó en eso antes de abrir los ojos, en enormes piscinas de aguas transparentes y en cataratas colosales en las que saciaban su sed los dioses, y él junto a los dioses, bebiendo y refrescándose el rostro y la nuca y las axilas. Su única penitencia fue una pierna escayolada, varios hematomas, unas décimas de fiebre que lo retuvieron más de lo deseable en el hospital y una temporada con muletas. A Hubert, sin embargo, el impacto contra el salpicadero le había destrozado el globo ocular izquierdo. Y en cuanto a la chica

---

del otro coche, había fallecido durante el traslado en helicóptero a una unidad de quemados en BCN, lo que confirmó un recorte de la prensa local facilitado por un celador alto y huesudo que a veces lo convidaba a cigarrillos y que le recordaba al san Juan Evangelista de El Greco.

Durante horas examinó la fotografía del recorte, conmovido por la belleza arrebatada de su *víctima*; tales eran los términos con los que pensaba en ella: los ojos oscuros, las pestañas largas, el pelo rizado, negro, luminoso, el rostro aún no desencajado por la muerte, irreconocible. Supo su nombre, su edad —veinticuatro—, pero no conserva el recorte. Ni siquiera puede asegurar que no fuera más que una elaboración de la memoria, tan necesitada siempre de completar los vacíos, o de una precaria alianza entre la memoria, la imaginación y la fiebre.

Jura que la tarde del accidente no había probado ni gota de alcohol, como se demostró y se recordó una y otra vez frente al estrado, en aquel carrusel de declaraciones que los retuvo a Gabriel y a Hubert en España varias semanas más de lo previsto, adentrándose en un otoño siempre nublado en que arruinaron el primer semestre del curso, demandando dinero a la familia una y otra vez desde una cabina telefónica por cuyos cristales, como un maleficio, se escurrían gotas de lluvia que parecían venir de otro tiempo. Tuvieron que pedir a la beneficencia un abrigo para Hubert, siempre aterido de un frío vampírico que procedía de su propio organismo y no del ambiente tan suave del Mediterráneo. Y discutieron tantas veces sobre la culpa, y sobre el polvo naranja, y sobre la maldita idea de pasar a la isla cuando habrían debido emprender el camino de regreso. Y aunque, al cabo, la sentencia absolvió a Gabriel del cargo de homicidio imprudente porque no se pudo certificar la cantidad de danteína que llevaba en el cuerpo, ni si ésta bastaba para mermar la conducción, ninguna fuerza podría evitar que la imagen de la carne cortada y la sangre en el cuero cabelludo de la Primera sobre el capó de su coche se alojara para siempre en su conciencia, como una cápsula de materia oscura o un agujero negro que se bebería, poco a poco, toda la radiación de

---

aquel verano de iniciación junto a Hubert, convertido de repente en el verano de la culpa y del frío, como si al pecado de arrebatarse décadas de existencia a un ser humano se añadiera el de haberle arrebatado al mundo la belleza de una mujer como aquélla, la Primera Mujer. Y, desde luego, no tenían ningún derecho ni a una cosa ni a otra.

## 87°

La madrugada en que un autocar los devuelve a Panamá se despiden con vagas promesas de llamadas telefónicas y una cita imprecisa para el fin de semana, en uno de los locales que solían frecuentar antes de su aventura española, pero sin precisar a qué hora ni qué día. Aunque agotado por el viaje, Gabriel deshace su maleta sólo para escenificar un punto y aparte, cerrar un episodio de su vida. Pero esa noche sueña que le hace el amor a una mujer calcinada, tendida sobre un suelo que se vuelve incandescente, abrazado a restos humeantes que, para su desesperación, se desmenuzan al simple contacto de sus dedos, materia que se compacta hasta formar un sedimento que, poco a poco, se cementa hasta convertirlo a él mismo en una roca moldeada por la gravedad. Y entonces siente, en el sueño, que se ha convertido en un planeta rodeado de otros planetas, masas ardiendo que orbitan en torno a él y que, como él, están dotados de conciencia, y percibe su fuerza, la gravedad que genera su cuerpo y que obliga a los otros planetas a girar en torno a su cintura. Y se despierta con la pregunta de por qué toda esa materia disgregada, por qué todas las partículas de información orbitan en torno suyo como si fuera un centro de gravedad o un agujero negro, y si el sueño no será un trasunto de su remordimiento.

Por la mañana decide que no volverá a telefonar a Hubert, ni pisará los locales que frecuentaran juntos antes de su aventura veraniega. Se le hace insoportable la sola idea de confrontar de nuevo la mirada vacía de su ojo izquierdo, su

---

pupila paralizada en el justo instante en que dos coches colisionaron bajo dos soles rosados. La pérdida de la Primera Mujer los une en algún plano, pero los separa en todos los demás. Por fortuna, Hubert y él viven en un tiempo en que basta con eso, con dejar descolgado el teléfono y esquivar el circuito de locales comunes, para perderse la pista el uno al otro. Un tiempo en que las amistades no se rompen sino que se desvanecen. En que la tecnología no se ha convertido aún en una coraza opresiva.

Al año siguiente Gabriel se instala definitivamente en Francia. Es el Panam' de la apoteosis de las hombreras, los maquillajes andróginos, los cardados de pelo, la bisutería, el nuevo romanticismo. Colabora con fanzines, merodea por los cine fórum de la Rue Champollion y un día asiste en un pequeño teatro de Ménilmontant al estreno del primer cortometraje de Hubert, *Le rythme et la ville*, en un ciclo de jóvenes realizadores, el relato de un chico y una chica punk —si es que puede llamarse *relato*—, en el que la cámara se mueve de aquí para allá, titubea, escoge una peripecia y luego otra, escoge ahora al chico y luego a la chica, persiguiéndolos a través de una serie de aconteceres violentos y banales, roturas de lunas de comercios o de cabinas telefónicas, y el tiempo narrativo es como una serpiente, o como comparar un tren con una serpiente, porque los trenes se desplazan de una estación a otra sin titubeos, mientras que la película de Hubert va de aquí para allá, vacila, y la cámara parece tomar decisiones dictadas por el puro capricho. En realidad no hay ninguna intriga, ninguna trama que pueda extractarse o reseñarse, ningún esqueleto argumental más que la ciudad y los pasos de aquellos chicos en la ciudad y aquella violencia por completo gratuita: semáforos colgando de cables, cabinas telefónicas destrozadas, y un último segmento en que la cámara se entretiene en otro tipo de violencia, la violencia del reino vegetal: el modo en que el viento sacude las enredaderas que cubren un muro, las hojas de un árbol, los troncos retorcidos que compiten por la luz, una hoja marrón que se desprende de su rama.